

que intenta llenar los huecos de la creación. Dialéctica de lo pleno y lo vacío. Imperfecciones del Dios vivo, desplazamientos de las palabras que resbalan unas sobre otras, o se devoran para saciar su hambre, porque el nombre central es inefable, o, al menos, impronunciable. Estos deslizamientos hacen del mundo un sistema de metáforas, de apeaderos transitorios del significado, como esas posadas donde dice Soares que espera el día del abismo.

No importa que Dios haya muerto, que exista o no en un orden trascendente. No estamos en condiciones de saberlo, si acaso de creerlo. Importa que Dios siga siendo una manera de pensar, una manera de decir. Lo que no cambia en medio del cambio, la cuota de inmovilidad que hay en todo movimiento, el motor inmóvil que todo lo agita. Un agente provocador del universo, cuyo símil más aproximado, o su parodia más atrevida es el lenguaje, que está en todas partes, pero siempre de un modo efímero, que garantiza la continuidad de lo que se altera en la permanencia engañosa de la palabra que parece siempre igual a sí misma. De nuevo, Teste se pregunta ¿para qué sirve ser uno mismo?

Estas fantasmagorías animan la tarea de la escritura. A las vacilaciones del ser, la escritura enfrenta un espejo imaginario, hecho de papel, donde se diseñan identidades con palabras, ya que la identidad no es del orden del ser, sino del orden del lenguaje, si acaso del orden del ser del lenguaje. «Me he visto a mí mismo bajo una figura desconocida a mí mismo, formada, quizá, por mi escritura», divaga Teste.

Un freudiano haría inmediatamente el símil con lo siniestro y con el sueño. Lo siniestro es lo extraño en que nos reconocemos y el sueño es el *ballo in maschera* de las identidades que aceptamos sin pestañear (es claro: ¿cómo pestañear con los ojos cerrados?). El acuerdo onírico, imposible en la vigilia, permite que vea a Jaime y *sepa* que es Pedro, que vea a un desconocido y *sepa* que soy yo. A quien nunca veré en el espejo de papel ni en el sueño es a mí mismo, a mi rostro. Sí, en cambio, a numerosos demonios que dirán mi nombre y se señalarán a sí mismos, en tanto yo, sin poderme mover, acepto sus enigmáticas certezas.

Valéry (*Mauvaises pensées et autres: Sincérité*) asegura que «un hombre que escribe nunca está solo. ¿Cómo ser uno (*soi*) cuando se es dos?» Y Juan de Mairena aconseja volverse siempre contra las propias razones (las razones buenas no son las propias, son las ajenas). Pareciera que, al escribir yo no escribo yo, sino que escribe el otro, cedo el paso al extraño, me alieno o me enajeno y actúo como un amanuense de esa otredad: actúo como un heterónimo, todo lo que yo firme con mi nombre será apócrifo.

Pero entonces, ¿por qué firmo con ese nombre que reconozco como mío y pretendo que los demás identifiquen como mío? ¿Por qué no firmo con el nombre del otro? Seguramente porque el otro no tiene nombre y así la escritura es, centralmente, anónima, producto de un colectivo o de su sujeto que está más allá de los sujetos, un hipersujeto que tanto da llamemos espíritu, historia, inconsciente o lo que fuera, pues todos sus nombres serán impertinentes y relativos. Impertinentes porque nombran lo anónimo, relativos porque no responden a la realidad del sujeto que escribe, sino a la realidad de una familia de palabras que intenta secuestrar para uso de su tribu al inalienable sujeto. Mallarmé ya encomendaba a los poetas la limpieza constante de las palabras tribales.

La escritura es un arte de palimpsesto, escribir sobre lo escrito, enmascarando lo ya escrito y dejando detrás de la letra nueva, la huella sospechosa y algo delictiva de la letra vieja. Es lo que concluye Mairena:

«Llevo conmigo un diablo —no el demonio de Sócrates— sino un diablejo que me tacha a veces lo que escribo, para escribir encima lo contrario de lo tachado, que a veces habla por mí y yo por él, cuando no hablamos los dos a la par, para decir en coro cosas distintas.»

En esta tarea colectiva de tachar y escribir para seguir tachando, en este plato donde muchas manos hacen muchos garabatos, está, quizá, la única verdad de la Divina Parodia, una verdad aguerrida (porque guerrera) que bien puede ser la Logomaquia Diabólica. Escribimos en el infierno, rodeados de nuestros contemporáneos, como bien descubre Dante.

El libro, entonces, es el Libro Unico, obra de ese «genio anónimo y perfecto» al que alude Mallarmé, libro colectivo del que participan todos los escritores, generalmente sin saberlo y a menudo no queriéndolo saber, reivindicando, con colosal papanatismo, la propiedad de las palabras, que siempre son impropias.

La muerte de Dios ha destrozado la unidad del Libro y la escritura profana recoge los fragmentos, los encuaderna, los firma y los registra en las oficinas de la Propiedad Intelectual. Pero el anhelo de unidad gregaria sigue latiendo al final de la historia. Todos los autores somos falsos, somos heterónimos aproximados e incompetentes del gran autor, firmamos textos apócrifos.

Escribir es aceptar como don esta palabra a la cual le falta la Revelación para ser palabra total, plena y perfecta. Escribir es aceptar la proliferación de las carencias y la resbaladiza precariedad de los significados. Escribir es aceptar que sólo somos capaces de construir fragmentos apócrifos. El Libro Total y Unico, como el Paraíso, sólo existe como texto perdido, es decir, como promesa y ambición de lo recuperado.

4

Los franceses disponen de dos palabras: *le je* y *le moi* para designar matices fundamentales de lo que nosotros llamamos genéricamente *yo*. En las lenguas anglosajonas y germánicas hay el *I* o *Ich* y el *Self* o *Selbst* que actúan a la misma distancia pero en sentido contrario al *moi* francés.

Diríamos, en esquema, que existe el yo como principio activo, como sujeto de imputación de las acciones, sujeto en sentido gramatical, y que existe el Yo como modelo de identificación o paradigma de aquel sujeto, modelo que es exterior y objetivo. El *Selbst* sería el mito de lo interior al yo gramatical, algo así como lo privado de cada cual, es decir, aquel espacio exclusivo de uno y del que están privados los otros.

Si él yo carece de realidad sustancial, entonces se atomiza en una multitud de apariciones o fenómenos distintos, a los cuales da unidad la palabra «yo». La identidad se muestra, así, del orden del lenguaje, como quiere Mairena. Fuera del sujeto gramatical aparece el modelo o caricatura del yo, el Yo objetivo. Se destrozan el uno al otro y se alimentan de sus desgarros, como caníbales que son. Es decir que se

reconocen por el apetito que despiertan el uno en el otro, por los deseos, fantasías y palabras que se dirigen antes de irse a las manos y acabar sacando los dientes.

El *Selbst* (el *Soi-même* francés) es lo opuesto simétrico al yo (*Moi*). Este pertenece al orden de lo social, es decir, de los otros que me son ajenos y propios. El *Selbst* pertenece al orden de lo imaginario. Es el fruto de especulaciones tramposas, según discurre Teste, que concluye así: «... un ser imaginario definido, un Sí-mismo bien determinado, o educado, seguro como un instrumento, sensible como un animal, y compatible con todas las cosas, igual que el hombre».

El sujeto gramatical se imagina como en los sueños, algo externo que no llega a los demás y que habita los jardines íntimos, pero se reconoce en el reconocimiento que hacen los demás, que sucede en la plaza pública. Lo que da unidad a su identificación es la homogeneidad de dicho reconocimiento. Si los demás me reconocen siempre como el mismo, soy el mismo y el símbolo de ese pacto de identidad es el nombre. «El Yo (*Moi*) es la respuesta instantánea a cada incoherencia parcial que es *excitante*», puede leerse en *Quelques pensées de monsieur Teste*.

Aquí podemos empezar a contestar al epígrafe: ser uno mismo no sirve de mucho, porque, precisamente, cada uno es muchos, es ese tejido de deseos propios y ajenos, de palabras propias y ajenas, de miradas que vienen de los ojos ajenos o que el espejo devuelve a partir de los ojos propios, de nombres propios y de nombres comunes y ajenos. Uno de los desasosiegos de Bernardo Soares se formula en estas palabras:

«Dios mío, ¿a quién asisto? ¿Cuántos soy? ¿Quién es yo? ¿Qué es este intervalo que hay entre mí y mí?»

Obsérvese que la invocación a Dios es el llamado al Vocativo Absoluto, ese que ve todos nuestros yos y les da unidad y permanencia, y que el Yo de Soares es el *Moi* objetivo, puesto que concuerda con la tercera persona («yo es») y no con la primera usual («yo soy»). O, si se prefiere un símil arquitectónico propuesto por Soares, un pozo sin fondo, con muros viscosos, que se siente central pero se sabe inmerso en la nada (que, por ser infinita, no tiene centro, no admite ser geoméricamente centrada). A este abismo se desciende en la inercia del sueño y el otro que allí aparece contiene la caída. Aquí, en los brazos de ese otro que los griegos mitificaban en un Dios, Hipnos o Morfeo, sitúa Rilke a Dios: Dios está allí donde el padre nos sujeta, allí donde termina nuestra caída en el mundo.

La identidad, sostenida entre dos infinitos (dos infinitas ignorancias: el origen y la meta, sólo inteligibles al mito) es algo flotante y desgarrado entre sus extremos, que todos los días se desgarran secundariamente entre el sueño y la vigilia (la historia). Toda medida le es finalmente nimia y todo infinito le da vértigos y así, incierto, va de la nimiedad a la vorágine, buscando un asidero en la serenidad del hartazgo o en las sorpresas de la escritura.

El matiz entre un mundo y otro está dado porque la vigilia histórica transcurre y se acumula por los trucos de la palabra y la memoria, en tanto el sueño insiste en una percusión sin continuidad, mayormente disuelta por el olvido. Apenas queda de los sueños la certidumbre sin prueba de haber sido otro y las mentiras que el relato onírico superpone a las imágenes soñadas.